

FIN Y PRINCIPIO. LA TRANSICIÓN EN LA CULTURA CHILENA

Edmundo Fuenzalida Faivovich (*)

INTRODUCCIÓN

Entre 1965, primer año de gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva, y 1994, primer año de gobierno del Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Chile ha vivido muchas transiciones, y de variada naturaleza. Desde la “revolución en libertad” a la “vía no capitalista de desarrollo” y a la “transición al socialismo”, que marcaron a los años sesenta y el comienzo de los setenta. Luego vino la “transición a una economía de mercado”, entre mediados de los setenta y fines de los ochenta, para terminar con la “transición a la democracia” de comienzos de los noventa.

Algunas de las transiciones ocurridas en Chile en este período han sido objeto de atención sistemática de los estudiosos y del público en general. La transición económica, hacia una economía de mercado abierta al mercado mundial. La transición política, hacia una democracia participativa. En estos estudios se precisa desde dónde se hacen las transiciones, destacándose que no ocurren en el vacío sino en una situación histórica bien definida. Así, la transición hacia una economía de mercado abierta al mercado mundial se hace desde una economía mixta, con gran presencia del Estado en ella y, especialmente después del gobierno de Salvador Allende, sumida en una seria crisis. La transición hacia una democracia participativa se hace desde una dictadura militar que había establecido su propia Constitución y sus propias reglas para transferir el poder a los civiles. (Munck, 1994).

(*) *Universidad de Stanford, Centro de Estudios en América Latina, Santiago, Chile.*

Mucho menos atención por parte del público general ha concitado la transición cultural, o transnacionalización cultural. Este documento se refiere a esta transición.

La transnacionalización cultural, definida como el proceso que lleva a transcender las culturas locales y nacionales y a la creación de una gran cultura transnacional y crecientemente global, ha llamado la atención de muchos estudiosos. Algunos, ubicados en el centro del sistema social mundial han visto en él una superación de la modernidad (Eco, 1964; Jameson, 1989), mientras otros han acuñado el término “postmodernidad” para referirse a la situación cultural que viven los países del centro (Lyotard, 1979). Otros aún, ubicados en la periferia, han puesto énfasis en la suerte que corren las culturas locales y nacionales bajo el impacto de la transnacionalización cultural. Uno de ellos, Néstor García Canclini (1989), ha propuesto que dicho proceso conduce al surgimiento de culturas híbridas.

Los estudiosos chilenos no han dejado de preocuparse de este proceso (Brunner, 1994; Hopenhayn, 1994; Subercaseaux, 1996). Valorando plenamente la contribución de estos autores al esclarecimiento de la transnacionalización cultural de Chile, pienso que aún es necesario precisar que ella se da **dentro de** un contexto histórico-político muy particular y **en contra de** un proceso de modernización cultural endógeno que había avanzado bastante hacia la meta de una cultura nacional y popular. Sobre todo, hay que puntualizar que esta transnacionalización cultural es empujada por actores sociales transnacionales, ya sea directamente por medio de su presencia dentro de las fronteras nacionales, o indirectamente, a través de su apoyo a los sectores sociales interesados en llevarla adelante.

PRIMERA PARTE

El proceso de transnacionalización cultural comienza en Chile bastante antes que la política económica neoliberal del gobierno militar. Sus manifestaciones, sin embargo, tienden a confundirse con las de un proceso diferente, de modernización cultural, empujado por la alianza entre el Estado, los empresarios nacionales, las clases medias urbanas y los trabajadores industriales organizados, construida durante los años treinta en respuesta a la crisis mundial. Este último proceso es el que más ha llamado la atención de los estudiosos nacionales, uno de los cuales ha acuñado el término de “mesocracia” para referirse a sus agentes principales (Godoy Urzúa, 1982; pp. 491 y siguientes).

Chile sufrió fuertemente el impacto de la crisis de los años treinta y vio reducirse su capacidad de importar bienes culturales desde el centro de la economía mundial. Enfrentando esta situación, el Estado apoyó una serie de iniciativas locales que buscaban reemplazar las importaciones culturales con producción propia. Desde la perspectiva actual, puede entenderse que ésta era una política de Estado correlacionada con la política de sustitución de importaciones de bienes materiales, pero pienso que se trató más bien de una serie de respuestas “*ad hoc*” a una demanda

interna que ya no podía ser satisfecha con importaciones. La institución pública que tomó a su cargo esta tarea fue la Universidad de Chile, y sus múltiples iniciativas en el campo de la cultura empezaron a modificar a la cultura chilena, hasta entonces muy marcada por la hegemonía oligárquica sobre la sociedad. Es cierto que algunas de estas iniciativas fueron más exitosas que otras en el sentido de abrir nuevos cauces para la expresión de la creatividad nacional, pero no hay duda que en los treinta y tantos años que median entre el ascenso de Juvenal Hernández a la Rectoría, en 1934, y la renuncia de Eugenio González a la misma en 1968, la Universidad de Chile contribuyó más que ninguna otra institución, universitaria o no, al desarrollo de una cultura chilena crecientemente nacional y popular.

El establecimiento del Teatro Experimental, de la Orquesta Sinfónica, del Coro y del Ballet Nacional son algunos de los hitos que marcan este desarrollo. En la década del cincuenta, bajo el liderazgo del Rector Juan Gómez Millas, se moderniza la docencia y se da comienzo a la institucionalización de la investigación científica en la Universidad (Fuenzalida, 1984). Más adelante, cuando la nueva tecnología de comunicación electrónica llega a nuestro país, es la Universidad de Chile la que asume la responsabilidad de crear una televisión cultural (Hurtado, 1987; 1989). Tras la creación por el Estado de Chile Films, la Universidad de Chile también adquiere responsabilidad por la formación de profesionales y de técnicos en el nuevo medio del cine, abriendo así también este canal de expresión a los chilenos (Mouesca, 1992; p. 16).

Superada la crisis de los años treinta, resuelta la Segunda Guerra Mundial en favor de los aliados, y terminada la fase más dura de la reconstrucción de las economías devastadas por el conflicto bélico, empieza una nueva etapa en el sistema internacional, la de la bipolaridad y de la creación de esferas de influencia alrededor de los polos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética.

Chile, ubicado en la esfera de influencia de los Estados Unidos, y escogido como contra-ejemplo al de la Cuba revolucionaria, se encuentra en una situación nueva en lo que se refiere al acceso a los bienes culturales del centro de poder e influencia. Por una parte, tiene un acceso mucho más fácil a tales bienes, y promovido por el gobierno de los Estados Unidos y por las grandes fundaciones privadas estadounidenses. Por otra, debe comprometerse con un sistema económico y político bien definido.

Esta nueva situación internacional deja obsoletas a las políticas de sustitución de importaciones culturales, por un lado. Por otro, divide profundamente a cada uno de los sectores sociales que, en alianza, habían llevado adelante tales políticas. Una lucha por la hegemonía cultural caracteriza a la segunda mitad de los años sesenta y a la primera de los setenta, durante los gobiernos de Eduardo Frei Montalva (1965-1970) y de Salvador Allende Gossens (1970-1973).

Antes de entrar a tratar de lo acontecido bajo el gobierno militar (1974-1989) conviene resumir las características centrales del período anterior. Lo más importante es **el rol mediador entre el mundo exterior y el país de los intelectuales y artistas,**

y de las instituciones en que se agrupan. Las influencias externas llegan a la gente filtradas por ellos y sus instituciones. Esto se aprecia en cuanto al conocimiento especializado, (Fuenzalida, 1973, 1984, 1987, 1992, 1995; Brunner, 1992; pp. 3-123), el conocimiento común y las noticias (Sunkel, 1985; Dooner, 1989), la televisión (Hurtado, 1987; pp.19-74; 1989), el cine con compromiso ideológico político (Mouesca, 1992), la música popular. (J.C. Altamirano, s/f; Godoy y González, 1995).

SEGUNDA PARTE

La suerte corrida por ese proceso bajo el gobierno militar ha sido materia de muchos estudios y análisis. No puede hablarse de una política cultural positiva del gobierno militar hasta 1981, pero sí de una política cultural negativa dirigida a intimidar a los partidarios de otras formas de organización económica y social para que se abstuvieran de hablar o escribir. Persecución, encarcelamiento, relegación a un pueblo lejano, tortura, exilio y aún desaparecimiento son algunos de los instrumentos de esta política. Se ha escrito bastante acerca de la represión de académicos, intelectuales y políticos y la intervención militar de las universidades, con designación de Rectores militares delegados en las ocho universidades públicas del país. (Garretón y Pozo, 1984; Brunner, 1981; Brunner y Catalán, 1985). En cuanto a la prensa escrita, se prohíbe la publicación de los diarios y revistas partidarias del gobierno de la Unidad Popular. Se reemplaza al personal del canal de televisión que había apoyado al gobierno derrocado (Canal 9 de la Universidad de Chile). En la educación general, además de eliminar a maestros “sospechosos”, se revisa el currículo de historia para eliminar capítulos “conflictivos”.

Otro aspecto de esta política cultural negativa es el retorno a los valores del pasado chileno, y a los valores “seguros” de la civilización occidental. Algunos ejemplos ilustran este aspecto: la glorificación de Diego Portales, el ministro autoritario del Presidente Joaquín Prieto (1830-1840). El relanzamiento de la ópera en el Teatro Municipal, con el apoyo del sector privado, a través de la traída de grandes cantantes extranjeros. Publicaciones lujosas de historia nacional. El surgimiento de un mercado para el arte. Potenciación del Festival de la Canción de Viña del Mar, con la traída de músicos y cantantes del rock internacional.

A partir de 1981 hay un cambio en la política cultural, con una nueva política de educación superior que, entre muchos otros cambios, permite el establecimiento de universidades privadas, y una mayor apertura a la prensa de oposición. Surgen así las revistas semanales, que reemplazan a los antiguos diarios: *Apsi*, *Análisis*, *Fortín Mapocho*, *Hoy*, *Cauce*. El teatro cumple una función crítica innegable, especialmente la compañía **Ictus** y sus creaciones colectivas. Gran éxito de público de la versión teatral de **Ardiente Paciencia**, de Antonio Skármeta, en la que el retornado actor Julio Jung hace el papel de Pablo Neruda. Otro título importante es **La secreta obscenidad de cada día**, de Marco Antonio de la Parra. Los medios de comunicación

con las masas, en estas circunstancias, ponen nuevo énfasis en la entretención y el deporte.

En este período se da también una interesante transformación de la cultura política que, gracias a la acción de un grupo de intelectuales y el apoyo de la solidaridad internacional, permite la acción concertada de la oposición al gobierno militar. (Puryear, 1994). Los centros académicos alternativos generan conocimiento crítico (Lladser, 1986). La música popular resurge e interpreta el sentir de la gente común (Torres, 1993). Adquieren gran fuerza y presencia los movimientos sociales nuevos, como el feminismo (Kirkwood, 1985) y el movimiento ecológico. En otros términos, durante los ochenta pueda hablarse de una cultura oficial y de una contracultura.

Sin embargo, pienso que no se ha destacado bastante **la llegada directa al país, sin intermediarios, de la cultura transnacional en su fase de auge neoliberal**. La llegada masiva de bienes simbólicos de consumo importados, sin modificación, de los Estados Unidos, Europa Occidental, Japón, Taiwan, Corea del Sur, etc. que genera el bien conocido “efecto de demostración”. El establecimiento de las universidades privadas y su creciente conexión con universidades de los Estados Unidos y Europa Occidental para reproducir su modelo educativo. El efecto de la comercialización de la televisión y de la importancia dada a la imagen del consumo conspicuo sobre la realidad del acceso limitado a los bienes de consumo.

TERCERA PARTE

Lo que no ocurrió con la restauración democrática: no hubo un renacimiento cultural.

Algunos quieren volver al tiempo anterior a la dictadura, pero ello no ocurre. Por ejemplo, la Universidad de Chile no recupera su rol protagónico en la elaboración de la cultura nacional. Según el carácter de la transición pactada, se abre lentamente el abanico de participación ciudadana en la creación cultural, y se deja que el mercado decida acerca de la subsistencia o no de actividades culturales. Las revistas de oposición desaparecen o cambian de sentido. Es el caso de *Análisis* y de *Hoy*. Los centros privados de investigación sufren un destino semejante. Los partidos políticos, legalizados, absorben a los movimientos sociales. Hay un nuevo apoyo al cine nacional, que tiene un resplandor transitorio, (“La frontera”, “La luna en el espejo”, “Amnesia”) y se reeditan los festivales de cine de Viña del Mar. Pero en el campo de la televisión se permite la privatización y transnacionalización de varios canales de televisión abierta. El antiguo canal de la Universidad de Chile pasa a llamarse Chilevisión, bajo el control de Venevisión de Venezuela. Surge Megavisión, bajo el control de Televisa de México. Los canales 4 y 2 son ahora de propiedad privada chilena. De los canales históricos, subsisten UCV5, Canal 13 y Canal 7 de Televisión Nacional de Chile. Por otra parte, surge la televisión por cable, con varios proveedores,

entre los que se cuenta Metrópolis-Intercom, empresa del grupo El Mercurio. Un canal privado de televisión cultural, ARTV, que transmite pocas horas al día, lucha por sobrevivir. El Consejo Nacional de Televisión incluye una representación más vasta, y no ejerce censura previa, pero sanciona a los canales que se salen de sus orientaciones. Sin embargo, se mantiene la censura cinematográfica previa. Se aumentan los recursos para los fondos concursables de ciencia y tecnología, y se crea el FONDART, específicamente para las artes. Se establece en Santiago el Centro Cultural de la Estación Mapocho, y otro centro para la juventud, Balmaceda 1215.

Se han mencionado muchas y buenas razones para este estado de cosas: externas e internas. El efecto de la caída del muro de Berlín y de los socialismos reales en Europa. El desmantelamiento de la red de centros alternativos. El traslado a la política de los intelectuales. La política de consensos y el temor al renacimiento de las disputas ideológicas. Sin embargo, me parece que hay una razón a la vez más general y más de fondo y que tiene que ver con lo que deseo llamar **la falta de un nuevo molde normativo para la vida humana**, capaz de sustituir al impuesto por la dictadura militar.

La tarea de criticar al molde normativo vigente bajo la dictadura había sido realizada, y muy bien, durante la década de los ochenta, y no había mucho más que agregar a esa crítica. Lo que aporta el retorno a la democracia es la **legitimidad** de la crítica, pero los intelectuales chilenos ciertamente no habían esperado a que se legitimara esta tarea para realizarla.

El molde normativo para la vida humana tras la restauración democrática siguió siendo el mismo que existía bajo el régimen autoritario: el individualismo competitivo, el hedonismo, el instrumentalismo, el materialismo, el consumismo, constituyen aspectos de dicho molde. La desaparición de aspectos del molde normativo tales como el autoritarismo, la arbitrariedad, la impunidad, la violación de los derechos humanos, al retornar la democracia, ha tenido como efecto no querido la legitimación del molde normativo heredado, que ha probado en los años noventa poder sobrevivir, y crecer, sin el apoyo de un régimen autoritario. Si el molde normativo vigente es menos criticable ahora que antes, y la crítica ya se ha hecho, poco le queda al intelectual por hacer al respecto. De otro lado, no hay un molde normativo nuevo propuesto a la sociedad, que el intelectual desee expresar, elogiar o criticar. En estas circunstancias, al intelectual le queda sólo la expresión de sus vivencias personales, lo que se ajusta muy bien a las exigencias del molde normativo vigente, pero que carece del vigor y de la amplitud de la expresión o crítica del molde normativo que rige a todo un grupo humano.

CUARTA PARTE

Hasta 1973 el proceso cultural chileno llevaba una dirección bien clara hacia la construcción de una cultura nacional y popular con contenido disputado por las coaliciones de grupos sociales, pero elaborada con gran participación de sus

intelectuales y artistas. La resolución política de 1973 no significó tan sólo la imposición de una de estas opciones sobre las demás, **sino especialmente la apertura del país a la acción de los agentes que conforman la cultura transnacional, simultáneamente marginando a los intelectuales y artistas locales**. Véase, al respecto el caso de la televisión y de su creciente carácter comercial y de mera entretención, dejando atrás todo propósito educativo. Esta nueva cultura fomenta una **identidad transnacional de productor eficiente/consumidor universal** y paulatinamente diluye la identidad nacional.

Esta nueva identidad facilita la movilidad internacional y favorece la incorporación del país a espacios económicos más amplios. Por otra parte, constituye un sentido común que reduce la intensidad de los conflictos políticos. Pero significa la erosión de la identidad nacional y sin ésta no hay posibilidad de participar **como actor principal** en el proceso de constante reformulación de la cultura transnacional, sino simplemente de **coro**. ¿Por qué? Porque la experiencia humana no es abstracta, sino concreta e histórica, y la expresión de su carácter único e irrepetible, hecha por los académicos, intelectuales y artistas en un lenguaje comprensible para otros seres humanos, es lo que constituye la identidad y enriquece a la cultura transnacional. La mera repetición de esta última, por muy bien hecha que esté, nada le agrega.

Es cierto que el impacto directo de los medios transnacionales de creación y comunicación culturales ha sido mucho mayor en los ámbitos de la cultura científica y artística que en el ámbito de la cultura literaria, y que en este último ámbito aún se expresa la experiencia humana específicamente chilena. Sin embargo, hay que considerar que el público lector en el país es mínimo, y que la cultura de la imagen está crecientemente desplazando a la cultura de la palabra escrita.

QUINTA PARTE

¿Qué hacer? No me parece posible, ni deseable, una restauración cultural, una vuelta a un pasado que no volverá, a ese Chile mítico que fue o pudo ser. Lo que me parece deseable, y posible, es usar los medios al alcance para adquirir **una nueva identidad chilena** en el mundo actual en veloz proceso de modernización.

En vez de insistir en recurrir a la autoridad negativa o prohibitiva del Estado para intentar frenar este proceso, que de todas maneras es impotente frente a los actores principales de la actual transnacionalización cultural ampliamente legitimados por su eficiencia, pienso que se debe utilizar el conocimiento develador o revelador de la realidad para des-legitimar cualquier modernización que no sea equitativa, sustentable en el largo plazo, y tolerante de la diversidad de identidades culturales existentes en el mundo, y, en especial, en Chile.

¿Qué instituciones están en condiciones de generar dicho conocimiento, y de transmitirlo a las nuevas camadas de chilenos?

Un realismo saludable me lleva a eliminar a los actuales medios de comunicación,

y a la educación privada formal, porque son los canales principales de transmisión de la cultura transnacional, así como a las instituciones religiosas y militares, por estar vinculadas las unas a iglesias universales y las otras, por definición al Estado nacional. Nos quedan la familia, las instituciones de educación pública a nivel básico, medio y superior, las organizaciones voluntarias de la sociedad civil y los partidos políticos.

¿Quién, de entre estas instituciones, puede generar los medios, es decir, los conocimientos requeridos, para que los demás agentes puedan realizar su labor socializadora de los chilenos en esta nueva identidad?

Pienso que la institución mejor capacitada para ello es la universidad pública, pero que para hacerlo necesita reordenar sus prioridades y darse una nueva estructura institucional.

En la actualidad, y como consecuencia de la reforma de 1981, el sistema universitario chileno ha visto crecer el número de sus instituciones componentes y se ha dividido en un sector tradicional, compuesto por universidades, tanto públicas como privadas, que reciben aporte del Estado, y un sector exclusivamente privado. Estas instituciones compiten entre sí por atraer alumnos a las distintas carreras que ofrecen.

Dentro del primer sector se encuentran las universidades históricas y, en particular, la Universidad de Chile. Con la reforma mencionada, esta universidad vio desgajarse de ella a sus sedes regionales ubicadas en las grandes ciudades, que pasaron a ser universidades independientes. También se separaron de ella las carreras de pedagogía, que se han constituido en otra universidad. De este modo, la universidad a quien se le atribuye la “invención de Chile” ha pasado a ser simplemente una universidad más del sector tradicional, en competencia con las demás en ese sector por estudiantes y por el aporte del Estado. Pienso que esta universidad es la mejor capacitada para generar los elementos cognitivos alrededor de los cuales se puede fundar una nueva identidad chilena, pero también creo que para lograr ese objetivo necesita reordenar sus prioridades y entrar en una nueva relación con las demás universidades públicas.

La Universidad de Chile, a pesar de todas las pérdidas sufridas, conserva el prestigio de ser la más antigua universidad del país, y su principal centro de investigación. Apoyándose en estos pilares esta universidad podría generar el conocimiento revelador de Chile que se requiere pero, dada la limitación de recursos con que cuenta, tendría que cambiar las prioridades que otorga a sus diversas actividades: docencia de pregrado, docencia de postgrado, investigación y extensión.

La docencia de pregrado ha sido históricamente la prioridad número uno de todas las universidades chilenas. Sólo algunas universidades, y sobre todo la de Chile, han puesto énfasis en la investigación, a partir de los años sesenta, aunque no por encima de la docencia de pregrado. En la última década se ha expandido considerablemente la docencia de postgrado, aunque preferentemente en los estudios

de especialización (Fuenzalida, 1995).

Pienso que la docencia de pregrado no debería seguir teniendo prioridad en la Universidad de Chile. Tengo varios motivos para razonar de este modo. Primero, la enseñanza de las profesiones a este nivel, con algunas excepciones, es hecha tan bien como en la Universidad de Chile en las demás universidades que no tienen el aura de la de Chile ni su capacidad de investigación. En efecto, existe una demanda en el mercado por este nivel de enseñanza superior, que se traduce en la disposición a pagar colegiaturas que permiten financiar tal nivel de enseñanza. Por otra parte, existe oferta de profesionales competentes para enseñar a los jóvenes la profesión de que se trata. Para dar una educación de pregrado de calidad, sólo se requiere una buena organización que reúna a la demanda con la oferta. Así lo han comprendido las universidades privadas, que han establecido carreras de pregrado en ingeniería comercial, derecho, arquitectura, psicología y otras profesiones. En estas circunstancias, no hay una razón de interés público que exija que la Universidad de Chile dé prioridad a la enseñanza de estas profesiones al nivel del pregrado.

Señalé más arriba que había excepciones a esta situación, y éstas se dan en dos áreas. Primera, aquellas carreras que sólo pueden enseñarse por universidades que cuentan con la infraestructura adecuada como, por ejemplo, medicina, enfermería, tecnología médica y afines. Segunda, aquellas carreras de alta rentabilidad social, pero de baja rentabilidad individual, como las pedagogías. En ambos casos, pienso que la Universidad de Chile debe continuar dando prioridad a la enseñanza de pregrado. Por regla general, sin embargo, la Universidad de Chile debería ir paulatinamente transfiriendo interés y recursos a la enseñanza de postgrado y a la investigación, para terminar dando prioridad a la enseñanza de postgrado y a la investigación, conservando la enseñanza de pregrado en los casos de excepción que he mencionado.

En cuanto a la investigación en sí, la Universidad de Chile debe continuar realizando investigación básica de nivel mundial, a fin de proporcionar a la comunidad nacional información oportuna acerca de los nuevos descubrimientos y nuevas posibilidades de desarrollo tecnológico que puedan agregar competitividad a las exportaciones nacionales actuales, o una ventana de oportunidad para nuevas exportaciones. Sin embargo, creo que esa actividad de investigación debe adquirir un sesgo básico: enfocar la atención sobre los efectos del actual tipo de desarrollo sobre el medio ambiente local, para evitar el agotamiento prematuro de los recursos no renovables, y propiciar la renovación de los demás. Asimismo, y simultáneamente, arrojar luz sobre los efectos de la modernización sobre la cultura nacional, para evitar el peligro de la homogeneidad cultural, y contribuir al reforzamiento de una identidad desde la cual los chilenos puedan participar activamente en la elaboración de una cultura global diversificada.

Los resultados de la investigación, además de publicarse en las revistas especializadas, deberán vertirse en “informes sobre el estado de Chile” que deberán

ser divulgados por ella como llamados de alerta para las familias, las organizaciones voluntarias, los partidos, las instituciones de educación pública básica y media, con respecto a los efectos de la modernización sobre una comunidad humana determinada, su hábitat y su cultura. Estos informes periódicos no sólo deberán estar redactados en lenguaje asequible para las mayorías, sino que deberán utilizar preferentemente el lenguaje de las imágenes, que es el más usado hoy día. La producción y distribución de estos informes deberá ser el núcleo de la actividad de extensión de la Universidad de Chile como universidad pública. El contenido total de estos informes deberá trasladarse paulatinamente a la docencia.

En cuanto a las relaciones entre la Universidad de Chile y las demás universidades públicas, es preciso concebir al sector de la universidad pública como constituido por unidades de trabajo que están insertas en la red mundial de las universidades de excelencia, de una parte, y descentralizadas territorialmente, en coordinación con los gobiernos regionales, de otra. Las antiguas sedes regionales de la Universidad de Chile, hoy universidades independientes, constituyen ya el comienzo de esta estructura, para cuya completa realización se requiere un esfuerzo de coordinación entre ellas, la Universidad de Chile y las demás universidades públicas.

Si se lleva a cabo esta reorganización de la Universidad de Chile y de la universidad pública en general, los chilenos pasarán a disponer en un tiempo razonable del conocimiento revelador que requiere una participación activa como protagonistas en el proceso de modernización que está ocurriendo a escala global. Es cierto que no basta tener elementos cognitivos a la disposición para pasar a desempeñar tal papel. Se requerirá voluntad, organización y acción políticas, pero también me parece evidente que ellos son la condición necesaria para avanzar desde el fondo a la primera fila del escenario histórico.

Si la argumentación anterior pareciera demasiado abstracta, véase el ejemplo de España actual y la **identidad tridimensional** de europeo, español, y catalán o vasco que llevan muchos habitantes de ese país. Es cierto que el caso de Chile es distinto del español, especialmente en cuanto al peso de la propuesta cultura nacional promulgada desde Santiago y a la debilidad de las identidades regionales o provinciales. Sin embargo, es claro que, a pesar de la acción secular del Estado centralizador, han subsistido las identidades de “nortino” y de “sureño”, como distintas de la identidad de los chilenos que habitan el Valle Central y el área metropolitana de Santiago/Valparaíso/Viña del Mar. Esta realidad socio-cultural podría utilizarse como base para la conformación de **identidades chilenas tridimensionales**, en las que las dimensiones están definidas por un término común “latinoamericano” y dos términos diferenciadores “chileno” y “nortino” o “sureño”. Podría también pensarse en que el término común “latinoamericano” sea reemplazado por términos más cercanos a las realidades socioculturales tales como “del Cono Sur” o “del Mercosur”.

Esta propuesta no es tan teórica o especulativa como puede parecer a primera

vista, si se piensa en la fuerza que han adquirido, de una parte, las propuestas políticas para descentralizar al Estado chileno, dando origen a gobiernos regionales y municipales que ejercen poderes antes exclusivos del Estado central, y aquellas tendientes a incorporar al país al Mercosur, de otra.

CONCLUSIÓN

Los cerca de treinta años que van desde el comienzo del gobierno de Frei Montalva (1965) al comienzo del gobierno de Frei Ruiz Tagle (1994) han visto una transformación cultural de gran magnitud, cuyos orígenes se encuentran en el proceso de transnacionalización cultural que ha ocurrido a nivel del sistema social mundial, y en la decisión política de abrir totalmente la sociedad chilena a la acción de los agentes propulsores de tal proceso. La nueva cultura transnacional que se observa en Chile está llegando a todos los lugares del país y a todos los niveles sociales. Sin embargo, no tiene raíces en el suelo cultural chileno, lo que produce una creación cultural escasa y débil, que no sólo no contribuye a expresar la identidad chilena sino que tampoco contribuye de manera significativa al ulterior despliegue de la cultura transnacional. Esta situación debe y puede ser corregida a través de una política de reorganización de las instituciones públicas de educación superior y de investigación, como parte de una más vasta política cultural. En este trabajo he presentado algunas propuestas al respecto.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Juan Carlos, *Los jóvenes rebeldes de los sesenta*. Video. Coproducción de Televisión Nacional de Chile y Arte Cien. Parte Primera. S/f, pero posterior a 1990.
- Brunner, José Joaquín, **La cultura autoritaria en Chile.**, FLACSO- Universidad de Minnesota, Santiago, 1981.
- “La educación superior en Chile: 1960-1990. Evolución y políticas”, en **Estado, Mercado y Conocimiento: políticas y resultados en la educación superior chilena 1960-1990**, Foro de la Educación Superior, Santiago, 1992, pp. 21-123.
- Cartografías de la modernidad**, Dolmen Ediciones, Santiago, 1994?
- Brunner, José Joaquín; Catalán, Carlos, **Cinco estudios sobre cultura y sociedad**, FLACSO, Santiago, 1985.
- Brunner, José Joaquín; Barrios, Alicia; Catalán, Carlos, **Chile: transformaciones culturales y modernidad**, FLACSO, Santiago, 1989.

- Dooner, Patricio, **Periodismo y política. La prensa de derecha e izquierda, 1970-73**, Editorial Andante, Santiago, 1989.
- Fuenzalida Faivovich, Edmundo, "La universidad chilena no debe hacer investigación científica" en **Desarrollo científico-tecnológico y universidad**. CPU, Santiago, 1973, pp. 189-213.
- "Institutionalization of research in Chile's universities: 1953-1967" in **Education and Development**, edited by Roger Garrett, St.Martin's Press, New York, 1984, pages 55-122.
- "La reorganización de las instituciones de enseñanza superior e investigación en América Latina entre 1950 y 1980 y sus interpretaciones", en *CPU Estudios Sociales*, Nr.52, Trimestre 2, 1987, pp. 115-137.
- "Internacionalización de la educación superior en América Latina", en *CPU Estudios Sociales*, Nr.74, Trimestre 4, 1992, pp. 39-73.
- "Los postgrados en América Latina. Un análisis sociológico de las tendencias establecidas por cuatro estudios de caso nacionales (Brasil, Chile, Colombia y México)", en *CPU Estudios Sociales*, Nr.84, Trimestre 2, 1995, pp. 27-50.
- García Canclini, Néstor, **Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad**, Editorial Grijalbo, México, 1989.
- Garretón, Manuel Antonio; Pozo, Hernán, "Las universidades chilenas y los derechos humanos", Santiago, FLACSO, 1984.
- Garretón, Manuel Antonio; Sosnowski, Saúl; Subercaseaux, Bernardo, **Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile**, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Godoy, Alvaro; González, Juan Pablo (editores), **Música popular chilena. 20 años. 1970-1990**, Ministerio de Educación, Santiago, 1995.
- Godoy Urzúa, Hernán, **La cultura chilena**, Editorial Universitaria, Santiago, 1982.
- Hopenhayn, Martín, **Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina**, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1994.

Hurtado, María de la Luz, "Revisión de la experiencia histórica de la televisión chilena" en **Televisión en Chile: un desafío nacional**, compilado por Juan Pablo Lira.: CED/CENECA, Santiago, 1987, pp. 19-33.

Historia de la TV en Chile (1958-1973), Documentas/Ceneca, Santiago, 1989.

Jameson, Frederic, "Marxism and postmodernism", en *New Left Review*, 176, julio-agosto, 1989.

Kirkwood, Julieta, **Ser política en Chile. Las feministas y los partidos**, FLACSO, Santiago, 1985.

Lladser, María Teresa, **Centros privados de investigación en ciencias sociales en Chile**, CESOC, FLACSO; AHC, Santiago, 1986.

Mouesca, Jacqueline, **Cine chileno. Veinte años. 1970-1990**, Ministerio de Educación, Santiago, 1992.

Munck, Gerardo L., "Authoritarianism, modernization, and democracy in Chile" *Review Essay LARR*, 29 (2) 1994: 188-211.

Puryear, Jeffrey, **Thinking politics**, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.

Subercaseaux, Bernardo, **Chile: ¿un país moderno?**, Ediciones B, Grupo Editorial Zeta, Santiago, 1996.

Sunkel, Guillermo, **Razón y pasión de la prensa popular**, ILET, Santiago, 1985.

Torres, Rodrigo, "Música en el Chile autoritario, 1973-1990" en Garretón y otros, *Op. cit.*, 1993, pp .197-220.

Valenzuela, Arturo; Valenzuela, Samuel, **Military rule in Chile: dictatorship and opposition**, Johns Hopkins University Press, 1985.